
False economy. A surprising economic history of the world

Alan Beattie

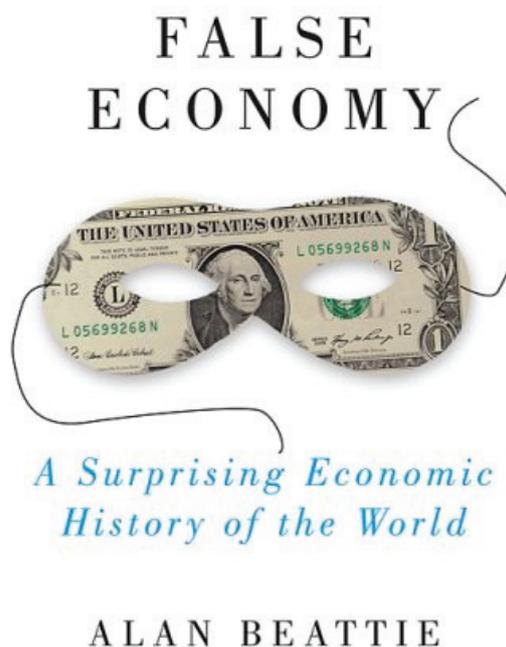
Riverhead Books, Penguin, Nueva York, 2009, 352 páginas

José M. Domínguez Martínez

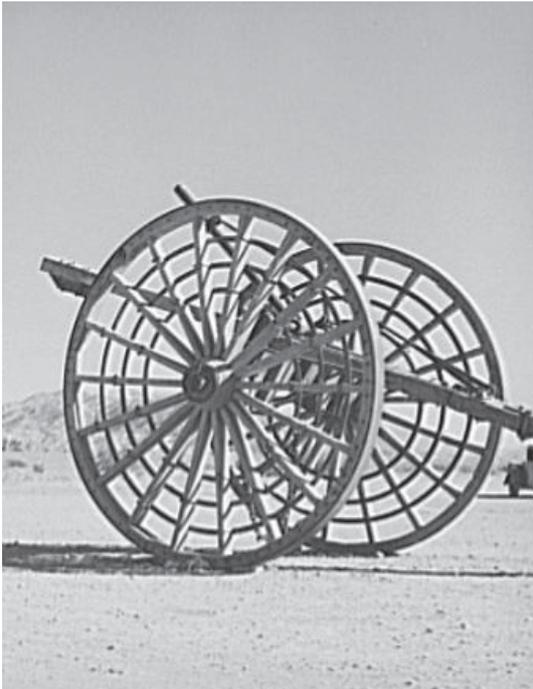
He de reconocer que, cuando tuve noticia del libro «False economy», fue su provocativo título el principal aliciente que me llevó a localizarlo. De la mano de Alan Beattie, el editor de comercio mundial del diario *Financial Times*, podía tratarse de una buena oportunidad para chequear posibles falacias económicas, al calor de la ola de descrédito del pensamiento económico surgida en el contexto de la actual crisis económica y financiera internacional.

Aunque no deba pasar desapercibida la conocida diferenciación entre los términos «economy» (economía como realidad) y «economics» (ciencia económica), hasta cierto punto, sin embargo, es inevitable alguna decepción para quien vaya buscando hallar las claves de una posible refundación de las doctrinas económicas. Salvada esta primera impresión, cuando uno se adentra en sus páginas se encuentra con una auténtica caja de sorpresas, que, de hecho, ya se anticipa en el subtítulo, «una sorprendente historia económica del mundo».

Por añadidura, los matices sumamente interesantes en la explicación de los más variados episodios históricos que Beattie nos alumbró, lejos de lo que pudiera pensarse, se basan en un uso atinado y esclarecedor del más puro análisis económico. La obra del mencionado periodista, historiador y economista es, ante todo, una portentosa aplicación del razonamiento económico a un amplio repertorio de hechos históricos. De manera ciertamente magistral, se conjuga un profundo conocimiento de la historia con una documentada visión de las fuerzas económicas que actualmente rigen en el mundo, todo ello aderezado con un agudo sentido de la lógica económica. No aparece ni una sola fórmula en todo el libro, no se desarrolla ningún modelo, no se aporta ningún gráfico, no se demuestra ningún teorema, pero cuando uno lee las argumentaciones expuestas, soportadas con hechos, no puede sino plegarse ante la solidez, la originalidad y la solvencia de los planteamientos.



La referencia a la crisis financiera iniciada en 2007 es, en todo caso, inevitable. Sirve como punto de partida para recordarnos, según el autor, lo frágil y reversible que es la historia del progreso humano, pero también que nuestro futuro está en nuestras manos. Esta constatación ha de servir para refutar lo que para Beattie es una falsa economía de pensamiento, a saber, que nuestro futuro económico está predestinado y que estamos gobernados sin remedio por enormes fuerzas impersonales e incontrolables. Ya en las primeras páginas, el autor activa las alertas respecto a una panoplia de mitos fatalistas a los que usualmente se recurre para justificar la historia económica. La finalidad explícita del libro es explicar cómo y por qué los países, y las sociedades y las economías han llegado donde están hoy, lo que le llevará a rechazar de plano la idea de que el estado presente de aquellos estaba predeterminado. Por el contrario, sostiene que los países han tenido la posibilidad de realizar elecciones, y tales elecciones



nes han determinado sustancialmente si tuvieron éxito o fracaso. Hay muchas razones por las que los países han cometido errores, pero a menudo sus decisiones están dirigidas por un grupo de interés particular.

El contenido del libro está estructurado en torno a nueve cuestiones, que son examinadas para contrastar la tesis expuesta. De manera muy sintética se reseñan a continuación:

1. Elecciones: ¿Por qué Argentina y Estados Unidos, que hace un siglo ocupaban posiciones similares, han tenido trayectorias económicas tan dispares?, es el interrogante con el que arranca el capítulo primero. Beattie busca las posibles claves explicativas de esa divergencia, entre las que destaca la diferente estructura de la propiedad agraria, el impulso a la industrialización frente al aislamiento del mercado, las distintas salidas a la Gran Depresión de los años treinta (*New Deal* frente a opciones autoritarias), y la apertura exterior frente a inclinaciones autárquicas. Llega a vaticinar que, de haber ganado la guerra de secesión estadounidense el Sur, el país norteamericano sería más parecido al suramericano. Mientras que Estados Unidos reaccionó para restringir los excesos de la primera de globalización, Argentina permaneció anclada en los viejos esquemas. En una crítica demoleadora, en la que se menciona su anterior dependencia del imperio español, no lanza precisamente elogios por haber optado por el impago de la deuda pública, que reiteradamente se asocia a la política seguida por Felipe II. No menor

es la puesta en entredicho del modelo económico nacionalista, orientado a la autosuficiencia, auspiciado por el peronismo. El modelo de sustitución de importaciones estaba diseñado para distanciar a Argentina del resto del mundo, no para preparar las empresas argentinas para competir en él. Más recientemente, el intento de anclar el peso argentino al dólar exigía actuar económicamente como Estados Unidos, pero no fue así. El fracaso del experimento originó una caída de la renta per cápita en casi una cuarta parte en solo tres años. Como contrapunto, la reciente crisis financiera originada en Estados Unidos, atribuible a una incontrolada desregulación, la utilización de nuevos instrumentos financieros, la creación de una burbuja inmobiliaria y una sobreconfianza, plantea importantes retos para la economía más poderosa del mundo.

2. Ciudades: El análisis del papel de algunas ciudades significativas en la historia permite poner de relieve cómo la grandeza de Roma se fraguó en una organización implacable, que permitía obtener recursos de los territorios ocupados, en vez de en una superioridad económica o en el intercambio de tecnología. A su vez, Venecia y Florencia son ejemplos de florecimiento del moderno capitalismo financiero. El caso de la capital estadounidense es examinado como ejemplo de creación deliberada como ciudad pequeña en un distrito federal, no en un estado, sin senadores y con solo un miembro sin voto en la Cámara de Representantes. En el libro se describen nefastas experiencias en las que, en muchos de los países más pobres del mundo, se han creado estímulos para el desplazamiento masivo de la población rural a ciudades sin ningún tipo de planeamiento, lo que ha agudizado los problemas de privación social.

3. Comercio: Egipto, una de las grandes regiones productoras de grano en el mundo antiguo, es hoy día uno de los mayores importadores mundiales. Una economía con una ventaja natural en un mercado limitado puede llegar a ser un operador bastante débil en uno más grande. Al importar trigo, Egipto, de manera invisible e implícita, está importando millones de toneladas de agua. Beattie hace hincapié en que los gobiernos, con carácter general, en vez de reconocer la importancia de permitir a los productores más eficientes del mundo explotar sus ventajas, se han replegado al cultivo propio de casi todo. Esa tendencia a la autosuficiencia impide la especialización.

4. Recursos naturales: En la obra se documenta cómo el petróleo y los diamantes han demos-



trado a menudo ser escasamente valiosos para la mayoría de los habitantes de los países donde se descubren, aunque algunos de estos sí han sabido gestionarlos con éxito. Las economías nacionales, en general, llegan a ser ricas porque pueden producir y suministrar bienes y servicios, no porque posean una fuente de materias básicas. La operación de una gran industria exportadora de materias primas puede impedir que se creen empleos en el resto de la economía, según el fenómeno conocido como *enfermedad holandesa*, asociado a la apreciación de la moneda nacional. El hallazgo de recursos naturales es, según Beattie, como ganar un gran premio en metálico de la lotería, pero este no suele ser un buen sustituto de una economía dinámica e innovadora.

5. Religión: Frente a algunas creencias más o menos extendidas, se considera que, en las últimas décadas, no ha habido ninguna tendencia sistemática para que las economías de los países islámicos crezcan más lentamente que las de los países donde predominan otras religiones. Tras evaluar diversas experiencias históricas, se concluye que el efecto de la religión sobre el desarrollo económico se debe más a su instrumentalización política que a su propia ideología. Beattie emplea diversos argumentos basados en hechos históricos para matizar las aportaciones de Weber relativas al papel de las religiones en el crecimiento económico. En concreto, cuestiona la tesis de la superioridad económica protestante frente a la católica. Por otro lado, sostiene que las prevenciones contra la usura en el Corán no son tan fuertes como las que existen en el Antiguo Testamento, lo que no ha

impedido que tanto los cristianos como los judíos hayan tenido una larga tradición en el campo de la banca y las finanzas. A su vez, el estancamiento de las sociedades de la civilización islámica a partir de Edad Media encuentra razones ajenas al dictado religioso. Las pautas seguidas para el desarrollo de ciudades y estados, distintas a las observadas en Europa, tuvieron un gran protagonismo, como, singularmente, los condicionantes ligados a la ubicación geográfica de los centros de poder, con mayores limitaciones para posibilitar la transición hacia una economía de mercado. Ahora bien, el proceso de reforma vivido por el cristianismo propició inadvertidamente una sociedad más pluralista, en contraposición con la centralización de los imperios islámicos. La diferente regulación de las herencias de los negocios familiares tampoco puede ser ignorada. Pero el autor destaca como factor decisivo la capacidad de los comerciantes europeos para liberarse de leyes inconvenientes, lo que no estuvo al alcance de sus contrapartes en los países islámicos.

6. Política de desarrollo: La evolución de algunos sectores económicos viene determinada tanto por la economía como por la política. El sostenimiento de algunos segmentos productivos se debe considerablemente al hecho de que pequeños grupos de productores luchan por proteger sus intereses, imponiéndose a otros más numerosos que se preocupan mucho menos. El cultivo del algodón y la producción de etanol a partir del maíz en Estados Unidos son ejemplos de protección mantenida por la actuación de *lobbies* de grandes productores. Según Beattie, en la mayoría de las economías, los



aranceles han llegado a ser explícitamente proteccionistas, elevando el precio de importaciones baratas para impedir que los productores nacionales con elevados costes se vean perjudicados. La principal razón del mantenimiento de los aranceles radica en la demanda de los grupos de interés: es más fácil defender la continuidad de un impuesto, que eleva los ingresos públicos, que la de una subvención, que los disminuye. De manera intrigante, según el editor del *Financial Times*, tienden a ser protegidas aquellas industrias que están en fase de decadencia, no las que están en auge.

7. Rutas comerciales y cadenas de producción: Después de rebatir la idea de que el mundo opera según los supuestos subyacentes a la teoría de la ventaja comparativa, Beattie aporta algunos ejemplos en lo que, contrariamente a algunas de las visiones opuestas a la globalización, las empresas no se localizan donde la tierra es más barata y los salarios más bajos. La ventaja en costes es a menudo absorbida por una mayor eficiencia en producir los bienes y colocarlos en el mercado mundial. La principal explicación de la falta de creación de valor en África con productos autóctonos radica en las deficiencias de transporte, logísticas e institucionales. La débil infraestructura social y legal es un legado más dañino que el físico. Sin el imperio de la ley, cualquier inversión o ayuda externa estará abocada a no tener un gran impacto, concluye el autor del libro reseñado.

8. Corrupción: Los casos de Indonesia y Tanzania son aportados para ilustrar dos situaciones paradójicas en las que la corrupción o la ejempla-

ridad de los máximos dirigentes puede afectar de manera distinta a la eficiencia del sistema económico y al bienestar material de la población. La corrupción, concebida como una forma de autointerés que se basa en una falta de información y de competencia, es analizada en términos del conocido problema de la relación entre el principal y el agente. Beattie plantea que, siendo todas malas, hay corrupciones peores que otras; en caso de ser estables y predecibles, pueden asimilarse a la aplicación de un impuesto.

9. Dependencia de la senda: En este capítulo se incide en la tesis de que las personas tienen elecciones acerca de las rutas que adoptan, pero, una vez que han elegido una senda concreta en el pasado, es muy difícil pasar a la opción correcta en el presente. La persistencia del sistema «QWERTY» —no diseñado precisamente para la velocidad— en los teclados, primero en las máquinas de escribir y luego en los ordenadores personales, viene explicada los efectos de su utilización extensiva y por la inercia. La trayectoria histórica seguida por Rusia es, por otro lado, objeto de análisis para reflexionar acerca de su evolución política reciente. También, por sus singularidades, se estudian los casos de China e India.

En el capítulo de conclusiones, Beattie se pregunta acerca de cuáles pueden ser las recetas para salir de la crisis, reconociendo que no tiene las respuestas exactas: «y cualquiera que proclame que sí no es de fiar», sentencia. No obstante, considera que sí hay algunas ideas básicas ampliamente aceptadas: no aislarse del resto del mundo; planificar las ciudades para el futuro, pero no coercitivamente y sin otorgarles más poder del que se merecen; dejar que nuestra economía haga aquello para lo que está mejor posicionada; parar a los gobiernos que ignoran los derechos de propiedad y el imperio de la ley; desenmascarar a aquellos grupos de interés que dicen representar a la economía en su conjunto; y, respecto a las economías muy pobres, que se preocupen menos por la política comercial y más por los procedimientos de las aduanas.

La experiencia de la historia debe llevarnos a la esperanza y a actuar para lograr un mundo mejor, no a la desesperación ni a resignarnos al destino, es el mensaje final de una obra sumamente aleccionadora, sugerente y llena de sorpresas.